

vigilancia; pues, tan pronto como barruntan los padres la existencia de cualquier peligro, la madre generalmente conduce el bando á esconderse en lo más recóndito posible, mientras el macho llama la atención del enemigo para desviarle de la dirección en que están sus hijos; lo que consigue fácilmente apeonando, á fin de que siga aquél su rastro, y cuando cree prudente se remonta y vuela un buen trecho. El macho cita á la hembra con su canto; ella responde y él se dirige á reunirse con los suyos.

Los machos que se han quedado sin encontrar pareja se reúnen formando lo que se llama una *torada*, y ellos reciben el nombre de *monjes*, sin duda por la analogía que tienen con las congregaciones monásticas en determinadas costumbres y abstinencia de ciertas facultades.

Las perdices salen al pasto por la tarde y se diseminan por el campo ó monte; pero se vuelven á reunir, antes de que cierre la noche, al llamamiento de los padres.

Cuando pastan en el monte las perdices, la hembra sale al campo con los primeros perdigones que acuden al llamamiento: el macho entre tanto se queda en el monte repitiendo el aviso y recorriendo las lindes de las labores. Así que tiene otros varios reunidos, los conduce al sitio donde está la madre y regresa en busca de los rezagados, permaneciendo hasta tanto que los ha logrado juntar. Si alguno ó algunos de los pollos han sido muertos, los padres se desviven buscándolos, hasta tanto que, convencidos de la ineficacia de sus investigaciones, regresan al sitio donde mora la familia. En el caso de que uno de los padres haya sido muerto, el que sobrevive se encarga de cumplir los deberes de los dos. Pero cuando los pollos quedan huérfanos de los dos padres, bien se van en compañía de otro bando, si aun son pequeños, ó bien se reclaman entre sí. Nunca se quedan las perdices á pernoctar en el monte hueco.

Poco más ó menos sucede cuando tratan de reunirse si pastan en el campo, pero les es más fácil verificarlo.

Una vez reunida la banda, da un pequeño vuelo y se posa en tierra á poca distancia. Los padres repiten el llamamiento, la familia se estrecha, da algunos pasos más, y se acurruca en el paraje en que quieren pernoctar, después de haber escarbado la tierra para hacerse la cama, formando un círculo las perdices, de manera que las cabezas están hacia la parte interior.

Al romper el alba sale la banda apeonando, y los padres llaman de continuo á fin de evitar que los pollos se aislen. Poco después dan un corto vuelo, perma-

neciendo reunidos todos hasta la salida del Sol, en que salen á pastar de nuevo, permaneciendo así hasta que están satisfechos ó hasta que ha desaparecido el rocío. Si el tiempo está seco, se entretienen en restregarse en los *escarbaderos*; pero si hace calor, permanecen en estos sitios hasta que por la tarde el apetito las obliga á salir en busca de alimento.

Durante la primavera se las encuentra apareadas en las labores, y particularmente en los barbechos ó en las faldas de los montes cerca de las siembras, y en general allí donde creen tener bastante tranquilidad para incubar los huevos, siempre que el pasto no esté lejos.

En estío y otoño se las ve en bandadas ó toradas (si son muchos exclusivamente) en medio de los trigos, en las rozas cultivadas de la sierra y en los rastros mientras encuentran comida; también se las ve en las praderas que son abundantes de hierba. Más tarde, en las viñas; pero raramente en el monte hueco. Su alimento consiste en tallos tiernos de gramíneas, hierbas, simientes, grano, mijo, hojas de col y bayas de enebro. Los polluelos comen huevos de hormiga y pequeños insectos que sus padres les enseñan á buscar escarbando la tierra.

Durante el invierno se sitúan cerca de los caminos en la proximidad de los pueblos, á fin de buscar el estiércol de las caballerías; y cuando no comen ó salen al pasto, se amontonan (en los climas fríos) para conservar el calor, y si el país es abundante de nieves se acurruca cuando nieva, dejando que ésta las cubra, y no salen hasta tanto que no pasa el temporal. En esta circunstancia es sólo cuando las perdices recogen el centinela encargado de atender á la seguridad de las demás. En esta estación, en los climas más templados, se recogen en el monte cerca de los terrenos que han sido rozados y tenido siembras el mismo año, donde suelen encontrar algún grano.

La perdiz es, de todos los individuos que constituyen el reino animal, el más perseguido por las alimañas. El hombre mismo, en su constante deseo de apropiárselo todo, persigue á la perdiz unas veces por codicia y otras por obligación, pasión ó interés.

La disminución de esta especie se nota hace años, y, si no ha desaparecido hasta hoy, es indudablemente por la facilidad que tiene de multiplicarse.

Entre las muchas causas que han contribuido y contribuyen aún á la disminución de las perdices, citaré las siguientes:

1.ª La falta de respeto á la ley por parte de todos los individuos, y en particular por los mismos encargados de hacerla cumplir.



Una jauría modelo

2.^a La falta de vigilancia por parte de las autoridades rurales.

3.^a El abuso que se viene cometiendo en muchos pueblos de coger nidos, especialmente en algunos pueblos de Andalucía, donde se acostumbra á comer por Pascuas tortillas de huevos de perdiz.

4.^a Los perros de los cabreros y macheros, que destruyen infinidad de nidos.

5.^a La desaparición de muchos montes.

6.^a Los grandes temporales de primavera y estío.

7.^a El gran desnivel existente entre el número de machos y el de las hembras.

8.^a El matar demasiado tarde los machos excedentes en la época del celo.

9.^a La codicia del cazador que, al matar perdices con reclamo, mata el macho y la hembra.

10.^a La existencia de esos seres holgazanes, vagabundos, hombres alimañas, conocidos con el nombre de *laceros*.

Hoy, que ya existe una ley y que tenemos un *Reglamento de Caza*, abrigamos la esperanza de que con el concurso de los sindicatos establecidos en los países de la antigua Corona de Aragón, y otros que se irán creando en el resto de la Península, llegaremos á ver poblados nuestros campos y montes de esa infinita variedad de especies, que con su abundancia contribuyen al bienestar de las clases pobres.

Cataluña ha demostrado que á la iniciativa particular se puede confiar en gran parte la custodia y dirección de los asuntos de caza, dando los mejores resultados.

La cooperación de todos los cazadores de buena fe es necesaria para levantar la caza del estado lastimoso en que se halla: el cumplimiento de la ley escrita por parte de todas las autoridades ha de coadyuvar al fin apetecido. Los primeros á denunciar, las segundas á castigar, y unos y otras habrán contribuído á la propagación de la caza y serán acreedores al agradecimiento de los hombres honrados.

El descuaje de los montes de mata parda priva á las perdices de guarida en estío cuando ha desaparecido la mies de las labores, y en invierno carecen de abrigo contra las inclemencias del tiempo, y en todas las estaciones les priva del albergue contra la persecución de las aves rapaces.

Contra las inclemencias del cielo nada podemos oponer los hombres; pero en cambio podemos, sí, tenerlas en cuenta para cuando llegue la época de cazar, y abs-tenernos de ello en el caso de que los daños hayan sido de consideración, como ha sucedido este invierno en

casi toda la Europa central, especialmente en Francia, donde es posible (teniendo en cuenta lo bien que allí se administran todos los ramos de la riqueza pública) que por el Ministerio de Agricultura se dicten órdenes para que no se maten individuos de las especies que más hayan padecido.

La *Ley de Caza* fija la época para la veda (exclusión hecha de las alimañas) en términos generales. En todos los países sucede lo propio; pero en los reglamentos se han determinado las vedas parciales que atañen á ciertas especies.

Toda vez que la veda tiene por objeto facilitar la propagación de las especies defendiéndolas, durante la preñez, de los vivíparos, y la postura é incubación de los ovíparos; nada más justo que la ley tenga en cuenta la época en todas las especies que tienen especial período al efecto. Toda la caza menuda cría en primavera y verano: las reses, en cambio, se cubren unas en fin de julio y agosto, como el corzo; otras en setiembre y octubre, como el ciervo y el gamo; y el jabalí por noviembre y diciembre.

Teniendo, pues, esto en cuenta, no sirve la veda, tal cual hoy se fija en la *Ley de Caza*, para la defensa de las reses en el período de la preñez, que es el invierno; mucho más que en España la ley nada determina para que las reses hembras capaces de dar crías sean respetadas todo el año.

Del mismo modo sucede con la veda general respecto á la perdiz, aunque por distinta causa. Ya he dicho que el excesivo número de machos respecto á las hembras hace que éstas no estén con la tranquilidad necesaria á las funciones de postura é incubación. En el primer período de la *picadilla* los muchos machos que han quedado sin hembra, siguiendo sus naturales instintos, van en busca de aquéllas. Los machos que están apareados salen á defender su derecho de esposo, dando origen á tan continuadas y refidas peleas, que, en la mayor parte de los casos, los machos apareados quedan tan extenuados que no pueden cumplir con su misión, hasta el caso de no *pisar* á la hembra y quedar infecunda. Por bien librados que salgan, siempre se retrasa la postura de los huevos en más de tres semanas, lo que perjudica grandemente á la futura generación. Sólo los machos viejos se hacen respetar desde el principio del celo.

Estas razones han contribuído á que los gobiernos de la mayor parte de los países de Europa autoricen á cazar el macho de perdiz pasado el día en que se abre la veda general, y sólo por los quince primeros días en que se declara el celo.

Siendo necesario disminuir el número de machos, y autorizada su caza por medio del reclamo, deben asimismo dictarse disposiciones para los que, abusando de la autorización, maten las hembras que con frecuencia acuden con su macho al sentir el reclamo.

Por último, para contrarrestar los daños que causan los laceros, vigilancia y más vigilancia es lo único eficaz.

Cuando se encuentren, entregarlos á la autoridad, y que ésta cumpla con su cometido.

La perdiz se caza en mano cuando van varios cazadores reunidos, ó con un buen perro de muestra y con reclamo.

La caza por medio del perro de muestra es la característica para la volatería, la que ofrece más placer al verdadero cazador viendo trabajar á su perro; pero es una lástima que sea de tan corta duración, pues generalmente las perdices no aguantan al perro al quedar sin abrigo en los rastrojos que se barbechan, y al hacer la vendimia las que estaban en las viñas. Las que se aguantan más tiempo son las que permanecen en el monte bajo mientras el tiempo es bonancible; pero así que refresca se levantan de largo y es preciso cazarlas de otro modo.

No siempre en el buen tiempo de los meses de otoño aguantan las perdices á todas las horas del día, y, aunque no estén muy hostigadas, no se las encuentra en el mismo sitio, á pesar de que las bandas se mantienen cerca del lugar donde los padres anidaron. Tiempo perdido sería buscar las perdices allí por la mañana cuando están mojadas por el rocío, ó por la tarde después de haberles caído lluvia. Generalmente acuden á los rastrojos, pero no aguantan. Después de haberse secado regresan á sus lares, en los que permanecen echadas hasta tanto que la humedad del suelo las echa otra vez de allí. A media tarde salen al pasto, y si permanecen reunidas tampoco aguantan ni al perro ni al cazador. Sólo en los casos de quedar alguna aislada, se *alastra*.

De lo anteriormente dicho se desprende que no se debe cazar la perdiz con el perro de muestra antes de las nueve de la mañana; y si aun á dicha hora hay alguna humedad, deberá empezarse á cazar por los rastrojos.

Todo encargado de un cazadero debe conocer el punto donde las bandas tienen sus albergues durante el día en la época en que aguantan. Antes de terminar la veda debe haber observado en qué puntos de los prados ó de los rastrojos, así como en las rañas de los montes, se han albergado las bandas; lo que se conoce por el

excremento que dejan en el hoyo en que permanecen echados cuando reposan.

Por medio de la *escucha* se obtiene la seguridad de poder fijar el punto de residencia de las bandas de perdices, para lo cual se sitúa el cazador, antes de la puesta del Sol, en los sitios donde presume que puede haberlas, y espera á que se reclamen. Después debe fijarse en el sitio donde se posan al dar el tercer vuelo: á la mañana siguiente, antes del alba, deberá hallarse de escucha cerca del sitio donde las dejó la tarde anterior, para observar su reclamo y el punto en que toman tierra al verificar el tercer vuelo. Por el primer reclamo de la tarde vendrá en conocimiento del sitio en que han estado reposando, y por el último reclamo de la madrugada conocerá el punto en donde debe buscarlas hasta las nueve de la mañana si no han sido molestadas entre tanto; pero aun en este caso las perdices no se hallarán muy distantes de este sitio.

La caza de la perdiz por medio del perro de muestra se hace mejor cuando lo verifica un cazador solo con un perro firme, ó á lo más con un compañero que sea práctico en este género de caza, y que, á su vez, lleve otro perro firme; pero es preferible que los dos lleven un solo perro.

Si á ambos cazadores sale una perdiz aislada, debe tirarle el que la tenga más cerca; pero si levantan una banda, el cazador que vaya al lado derecho tirará sobre la que rompa por la derecha, así como el que marche al lado izquierdo apuntará á las que vuelven por la izquierda.

Al arrancar una banda debe tratar todo cazador de perdices de tirar sobre el macho viejo siempre que tenga conocimiento suficiente y calma para ello, pues él es el que conduce la banda á las mayores distancias: en cambio debe procurar no hacerlo á la perdiz vieja, porque guarda mejor las *querencias*, y porque á medida que entra en años da mayor número de pollos, y, finalmente, por no dejar á la banda sin guía.

Si al cazar por la mañana está el suelo muy húmedo del rocío, se puede recechar á toda prisa el sitio donde han pasado la noche (pero con un perro firme), á fin de desbandar las perdices que se dirigían hacia el puesto donde reposan durante el día; para lo cual es bueno tener atalayas que observen en qué sitios caen las perdices cuando el terreno es accidentado.

Dado á conocer al cazador por el atalaya el sitio en que se posaron las perdices, debe marchar en dirección de ellas, bajo viento, á fin de que el perro lo tome y conduzca al cazador al objeto apetecido. Una vez que el perro esté de muestra, el cazador hará lo que sepa y

pueda; pero si tendrá mucho cuidado en que aquél no arranque detrás de las perdices en el caso que su dueño haya errado el tiro; antes más bien que espere á que aquellas vuelvan á caer para proseguir su persecución. Sólo en el caso de haber sido herida de ala una perdiz debe permitirse al perro que la siga si apeona, porque es fácil que si la pierde de vista se alastre y no la pueda cobrar.

También se puede atraer á las perdices á la linde del monte por medio de un reclamo artificial. Este consiste en una chicharra hecha con un dedal de sastrre, en cuya parte más ancha se tiende un trocito de pergamino muy tirante: en el centro de dicho parche se sitúa una cerda de caballo por medio de una aguja. Al pasar los dedos humedecidos por la cerda se produce un sonido igual al que producen las perdices cuando se llaman. Si la cerda es gruesa, produce el sonido en un tono igual al de los padres, y con cerda más delgada el de los perdigones: por esta razón es bueno llevar dos, que se usarán según las circunstancias. Pero este instrumento entra en la categoría de los artificios prohibidos por la ley

Otro de los modos de cazar la perdiz es con reclamo en tiempo de la *picadilla*. Creen algunos necesario cazar el macho en tiempo del celo para facilitar la propagación de la especie; pero no puede haber nada que se preste más al abuso que la caza del macho de perdiz si no se fijan reglas severísimas para evitar que se mate la hembra. Casi, casi, vale más, si así no sucede, que se prohíba en absoluto cazarla después del mes de febrero.

En algunas comarcas de Francia y de España se caza la perdiz siguiéndola á pie ó a caballo, en los meses de calor, hasta cansarla.

En otros países abundantes en estas aves se permite cazarlas con redes de grandes dimensiones tendidas á lo largo de los *tientos*. El procedimiento consiste en ojearlas con dirección á éstas, en las cuales quedan enredadas.

Ambos métodos están justamente prohibidos en España ⁽¹⁾.

(1) *Ilustración Venatoria*: Torres Ayllón.



GORJEO DE PÁJAROS, POR BIGATTI